

1. La caza del ciego

I

El anciano llevaba una larga casaca de color amarillo junquillo con galones dorados, y unos calzones de terciopelo negro a rayas. Sus manos, aún hermosas pero huesudas y salpicadas de manchas, con las uñas acanaladas y cortadas al ras, descansaban sobre sus muslos, como si éstos fueran cojines. En el anular izquierdo llevaba un gran sello de cornalina.

Las brasas del hogar proyectaban un resplandor rojizo sobre la piedra del anillo, la pasamanería de la casaca y el cuero de las botas altas, de punta redondeada, ajustadas en los tobillos.

El viejo señor, hundido en un sillón de orejas, tenía la cabeza levemente inclinada; en la parte posterior del cráneo, pelado en sus tres cuartas partes, todavía conservaba una hirsuta corona de pelo blanco, levantado con un cepillo, mientras que los grandes pellejos de la papada le caían sobre la corbata de piqué, de doble lazada, sujeta con un alfiler adornado con colmillos de ciervo.

Un reloj de la estancia dio las seis y, a continuación, las dos campanadas, más tenues, de y media.

10 MAURICE DRUON

El marqués de La Monnerie, en pleno duermevela, pensó: «Entonces, ya es de noche... ¿Habrán cazado algo?».

Luego oyó cómo se caía un tizón, pero no se movió, pues sabía que delante de todas las chimeneas había una alambra de cobre.

«A ver, ¿dónde estoy? —se preguntó—. En el saloncito. Entonces, ¿qué chimenea hay aquí? ¿La de los hipogrifos o la de las musas?»

Se levantó, alzando la mano con prudencia para evitar golpearse con el enorme faldón de piedra de estilo Renacimiento que formaba el borde de la campana. Sus dedos, agitados por un ínfimo espasmo, alcanzaron las esculturas, reconocieron las formas aladas, las estrías que representaban el vello de los muslos, las patas que terminaban en unas uñas aceradas. Sí, era la chimenea de los hipogrifos, con la gran *m* de Mauglaives de trecho en trecho, cuyos trazos verticales estaban representados por espadas y la letra, rematada por una ancha corona. La otra, la chimenea de las musas, era una de las del salón grande.

«¡Vaya! —pensó el marqués—; ya ni siquiera sé lo que hay en mi propia casa.»

Encontró, a tientas, el brazo de su sillón y volvió a sentarse, dejando escapar un suspiro.

El marqués de La Monnerie tenía ochenta y cuatro años. Pese a las dos operaciones de cataratas a las que se había sometido unos años antes, se había quedado ciego. Los días de sol apenas lograba ver el marco gris de una ventana, como un paño colgado en el fondo de la noche; en ocasiones, al anochecer, una lejana fluorescencia le advertía de que se encendían las lámparas. Vivía en el interior de una enorme perla muerta.

A veces, cuando alguien pasaba entre él y la luz, distinguía una sombra, cosa que le hacía exclamarse: «¡Caram-

ba! He visto algo», pero de semana en semana aquellos últimos jirones de sensibilidad visual se deshilachaban. El marqués sabía que muy pronto los criados y los escasos parientes con quienes se cruzaba en los corredores del castillo perderían hasta aquella apariencia de almas que están abandonando su cuerpo, y Mauglaives ya no era para él más que un gigantesco sepulcro donde las voces se respondían.

Se abrió la puerta y entró Jacqueline Schoudler, seguida de un corpulento oficial de espahíes.

—Soy yo, tío Urbain —anunció—; soy Jacqueline.

Cada vez que entraba en la estancia y se encontraba al anciano así, abatido en su sillón, temía que hubiese muerto. El marqués se irguió.

—Entonces, ¿han cogido alguna pieza?

—No sé nada, tío —respondió Jacqueline, mientras tiraba el tricornio y el látigo sobre el mármol de una consola—. He perdido la cacería en los pantanos de Combe-aux-Loups, al caer la tarde... ¡Estoy furiosa! Por suerte, me he encontrado con el capitán De Voos, que estaba tan perdido como yo, y eso me ha consolado un poco. Nos hemos retirado juntos y le he rogado que viniera a tomar algo.

Era menuda, extraordinariamente fina de cuerpo y de extremidades, de cuello delgado y cejas muy arqueadas, e iba vestida de negro de pies a cabeza. Llevaba la falda de amazona, manchada de barro arcilloso, levantada sobre la cadera, a fin de poder caminar sin estorbo.

Fue a sentarse en el sillón del otro lado de la chimenea; se empolvó y se pasó el peine un par de veces. Su delicadeza física contrastaba con su ropa.

—¿Quién dices? ¿De Voos? ¿Qué capitán De Voos? No lo conozco —dijo el marqués con voz gruñona.

—Sí, tío; es un invitado de Gilon. Se lo han presentado esta

12 MAURICE DRUON

mañana, antes de salir de caza. Está aquí, conmigo —se apresuró a aclarar Jacqueline.

—¡Ah, bueno! Muy bien —murmuró el marqués.

—Señor, estoy abusando de su hospitalidad —dijo el oficial.

Inconscientemente, había hablado demasiado fuerte, como si se dirigiese a un sordo, y oyó la resonancia de sus propias palabras bajo los altos techos artesonados.

El marqués levantó los párpados y volvió las pupilas blanquecinas, sin cristalino, un tanto espantosas, hacia la voz del oficial.

—Jacqueline, ¿cómo es el capitán? —preguntó.

La joven, medio sonriente, medio confusa, miró al enorme espadahús y no se le ocurrió nada mejor que adoptar un tono de irónica gravedad.

—Verá, tío, es muy alto... —contestó—. Mide un metro ochenta...

—Ochenta y cuatro —precisó De Voos, para demostrar que participaba en el juego de buenas.

—El pelo castaño... Vamos a ver; ¿castaño oscuro o castaño claro? —continuó ella, como si le hiciera una inspección—. No; castaño oscuro. Lleva un uniforme rojo magnífico y... es muy apuesto. ¡Ya está!

—¡Gracias! —dijo De Voos, inclinándose.

—¿Qué edad tiene? —siguió preguntando el marqués.

—Treinta y siete años, señor —contestó De Voos.

Y volviéndose hacia Jacqueline, agregó:

—Ahora, ya lo sabe usted todo de mí.

Hubo unos instantes de silencio. Al inclinarse para atizar el fuego, Jacqueline mostró, sin querer, por encima del cuello de terciopelo negro y la corbata blanca, su nuca frágil y tersa, de la que nacía una cabellera vaporosa y dorada, casi como de niña.

—¿Te vas a casar con él? —dijo de repente el ciego.

Jacqueline dio un respingo.

—Pero ¡tío! —exclamó, riendo—; le he dicho que hasta esta mañana, antes de salir de caza, no conocía al señor De Voos.

Luego, como sentía la mirada del oficial posada sobre ella, añadió:

—Es preciso que le explique que mi tío está empeñado en casarme. Es una manía suya. Pero no tema, no corre usted ningún peligro.

Como no sabía qué actitud tomar, De Voos se contentó con separar las manos en un gesto fatalista.

—¡Es que es *necesario* que vuelva a casarse! ¡Yo sé lo que digo! —gritó el marqués, golpeando el brazo del sillón.

—¡Vamos, tío Urbain, por favor! —le interrumpió Jacqueline, impaciente. Y para cambiar de tercio, continuó—: Lo que más rabia me da es que Laverdure va a cazar el venado él solo.

—¿Qué distancia hemos recorrido hoy? No conozco la región, me cuesta calcular las distancias —dijo De Voos—. ¿Cincuenta, cincuenta y cinco kilómetros?

—¡Oh, no! Apenas cuarenta —contestó Jacqueline.

—Me temo que le esperan recorridos más duros, señor, si nos concede el honor de volver —dijo el marqués.

II

Cuando llegó el montero mayor, Jacqueline y el oficial estaban terminando la opípara merienda que les habían servido.

De estatura media, ancho de hombros, musculoso, con la piel endurecida por la intemperie, el pelo canoso, las fac-